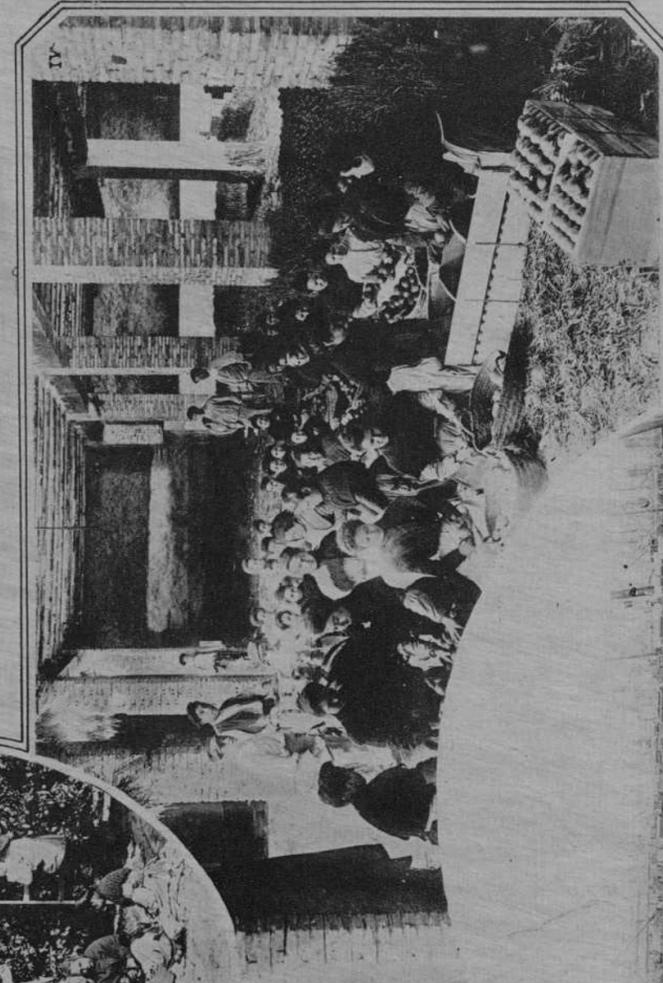
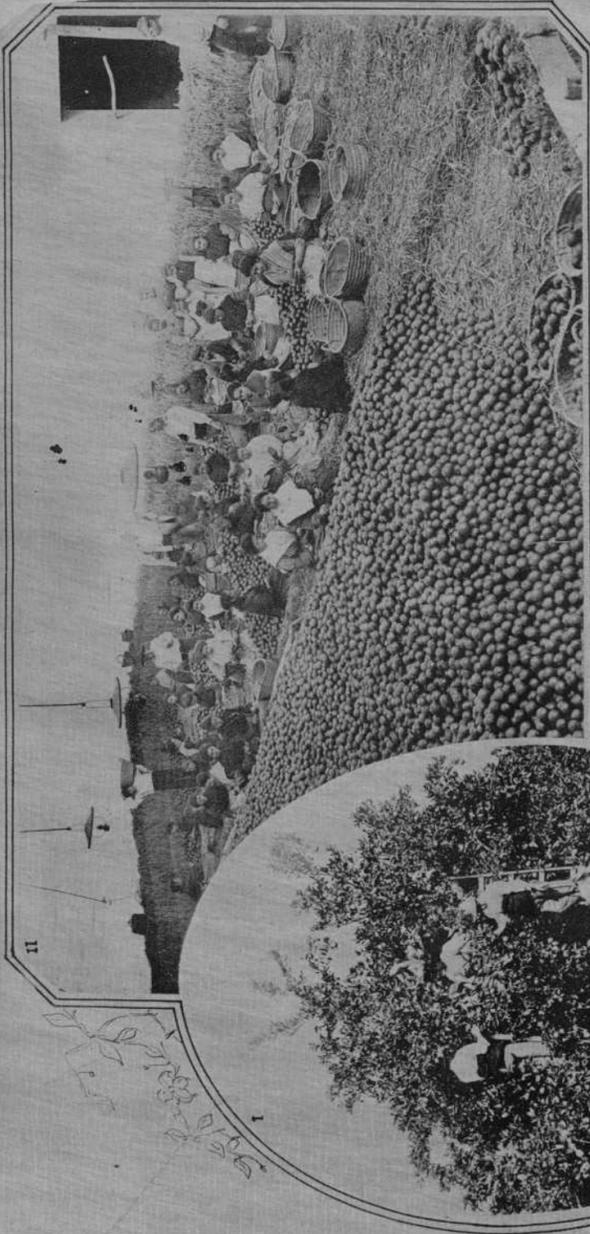
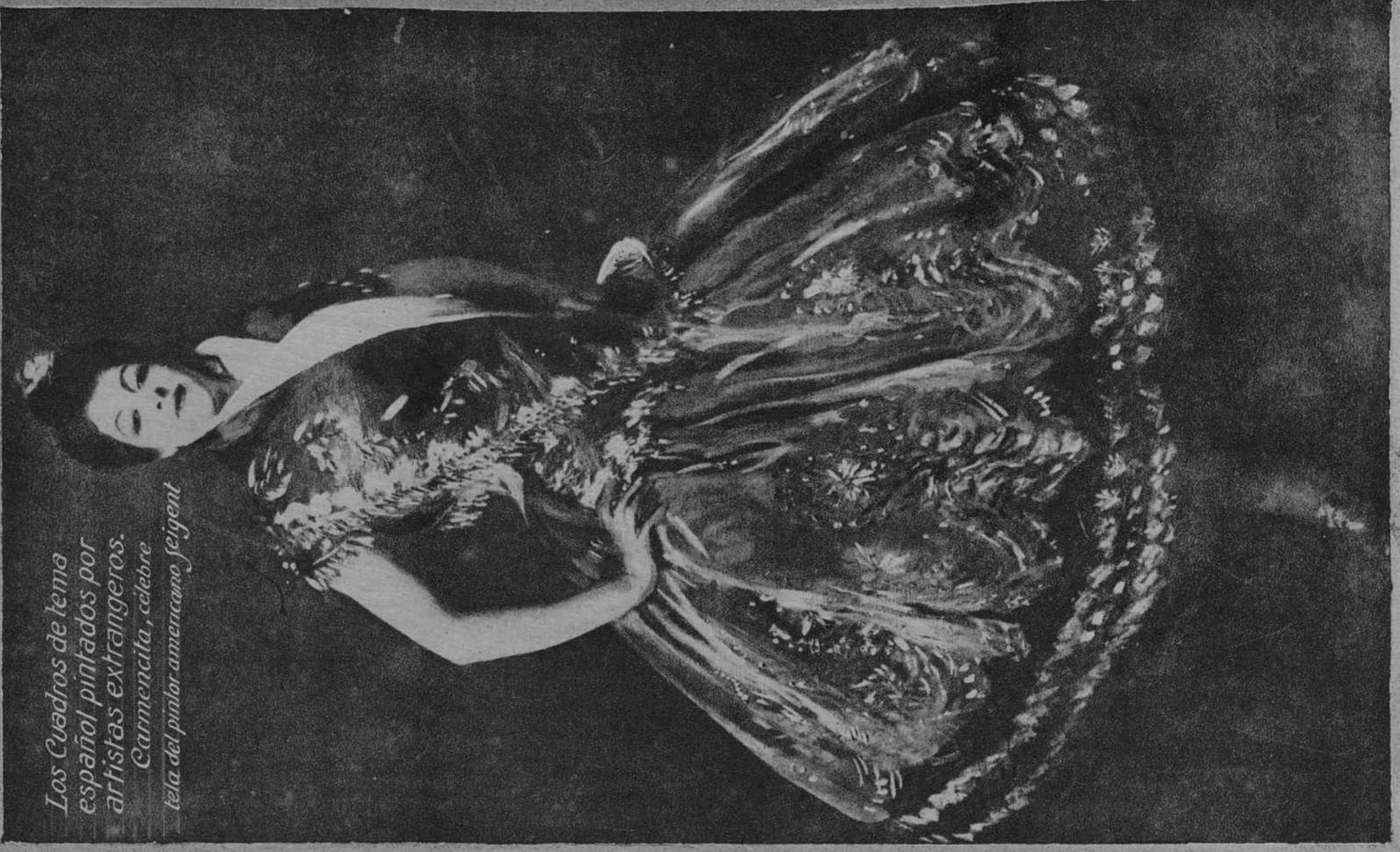
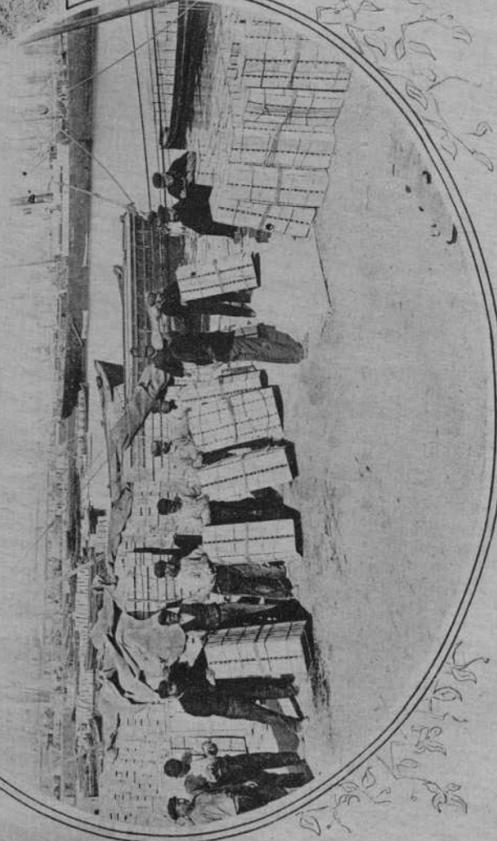


Los Cuadros de tema
español pintados por
artistas extranjeros.
Carmencita, célebre
tela del pintor americano Seigent



Por una vez, la estética
y la higiene se han pues-
to de acuerdo para pro-
clamar que la naranja
es la mejor y la mas be-
lla de las frutas. La re-
gion donde crece el
naranja abarca toda
la cuenca mediterranea
... Valencia, no obsjar-
te, se lleva la fama de
ser su jardín
predilecto

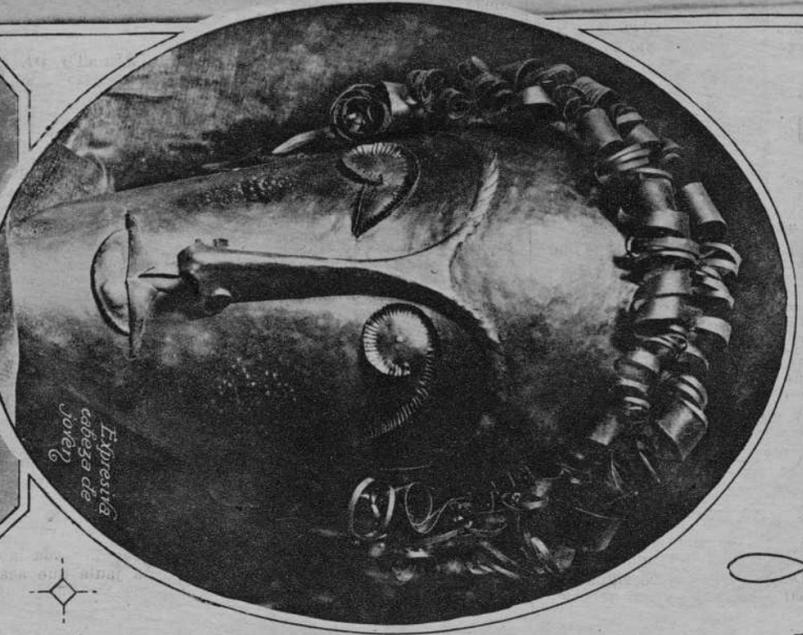
- I.- Cogiendo el do-
rado fruto.
- II.- La selección
por clases y la-
maños.
- III.- El embalaje
- IV.- ¡Hacia Lor-
ches! A llevar
un poco de sol
a los ingleses.



Retrato del
amateur de solo

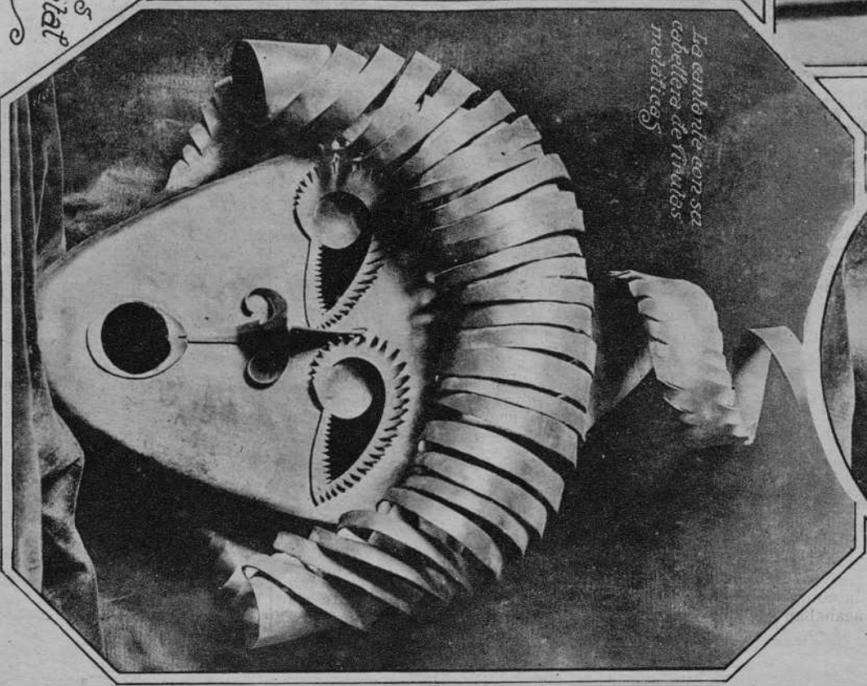


La bailarina que
a pesar de la díficil
de la materia da
una sensación de
gracia y elegancia

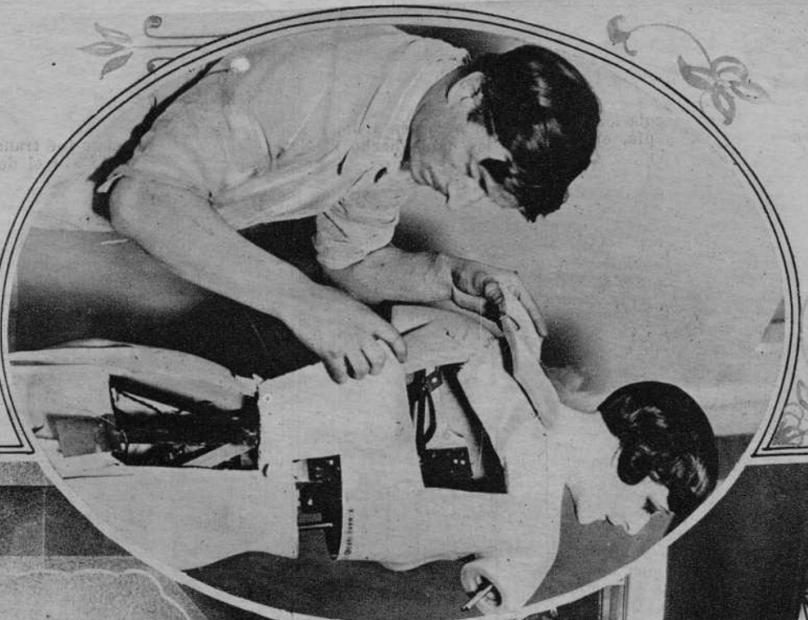


Expresiva
cabeza de
joven

La cantante con su
cabello de frutas
meliticas

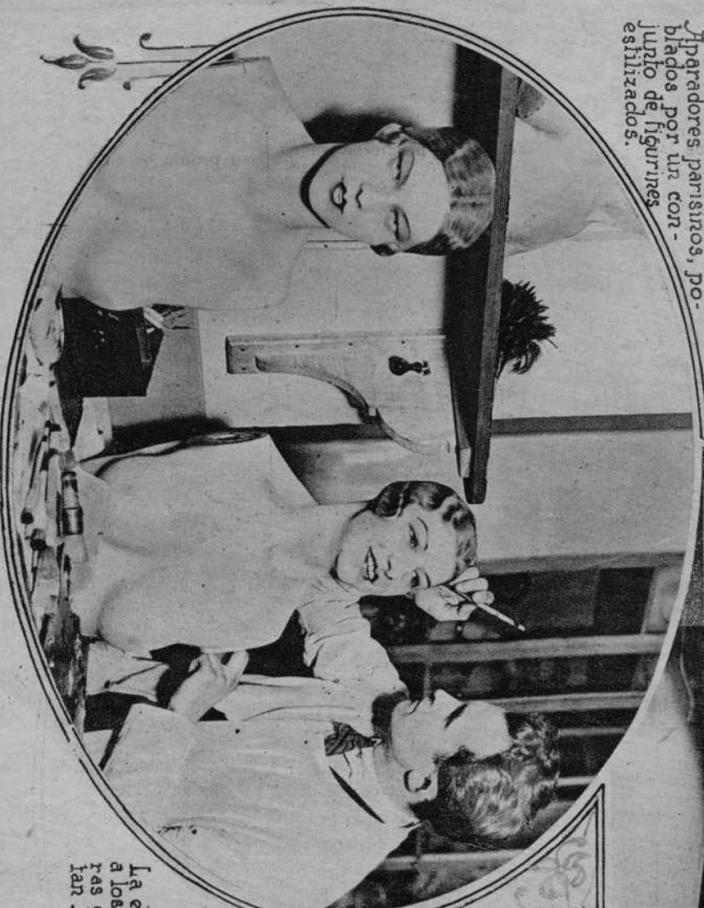


Dabio Gargallo maestro de la
escultura catalana, saborea en
Paris las mieles del éxito. Asi
sus esculturas en marmol de
prosopía mediterranea como sus
sorprendentes creaciones en metal
merecen el aplauso de la crítica



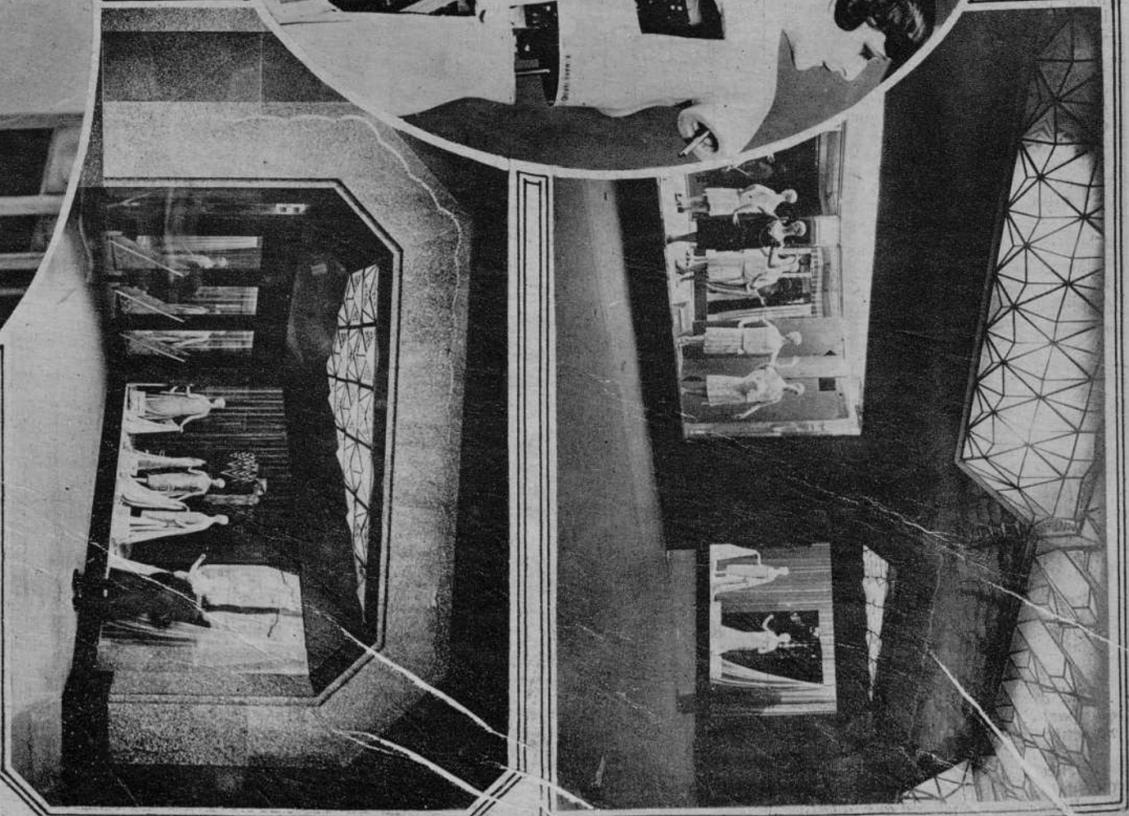
Un maniquí de nuevo modelo, pro-
visto de motor eléctrico, parodia del
corazon.

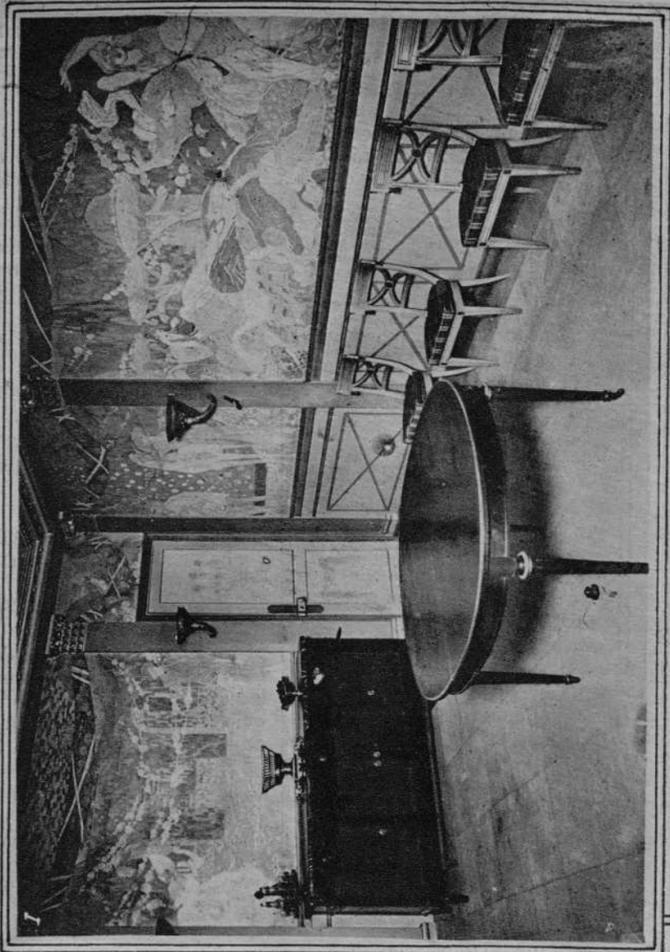
Aparadores parisinos, po-
biados por un con-
jurto de figurines
estilizados.



Los maniquies vi-
vientes pueden em-
pezar a flembar ante
la competencia de
los maravillosos ma-
niquies artificiales
que crea el arte de
Paris.

La escultura de las cabezas permite
a los artistas la reproducción de ca-
ras conocidas. Los dos bustos represen-
tan Miss Willis y Mlle. Lenglen, los dos
astros del tennis.





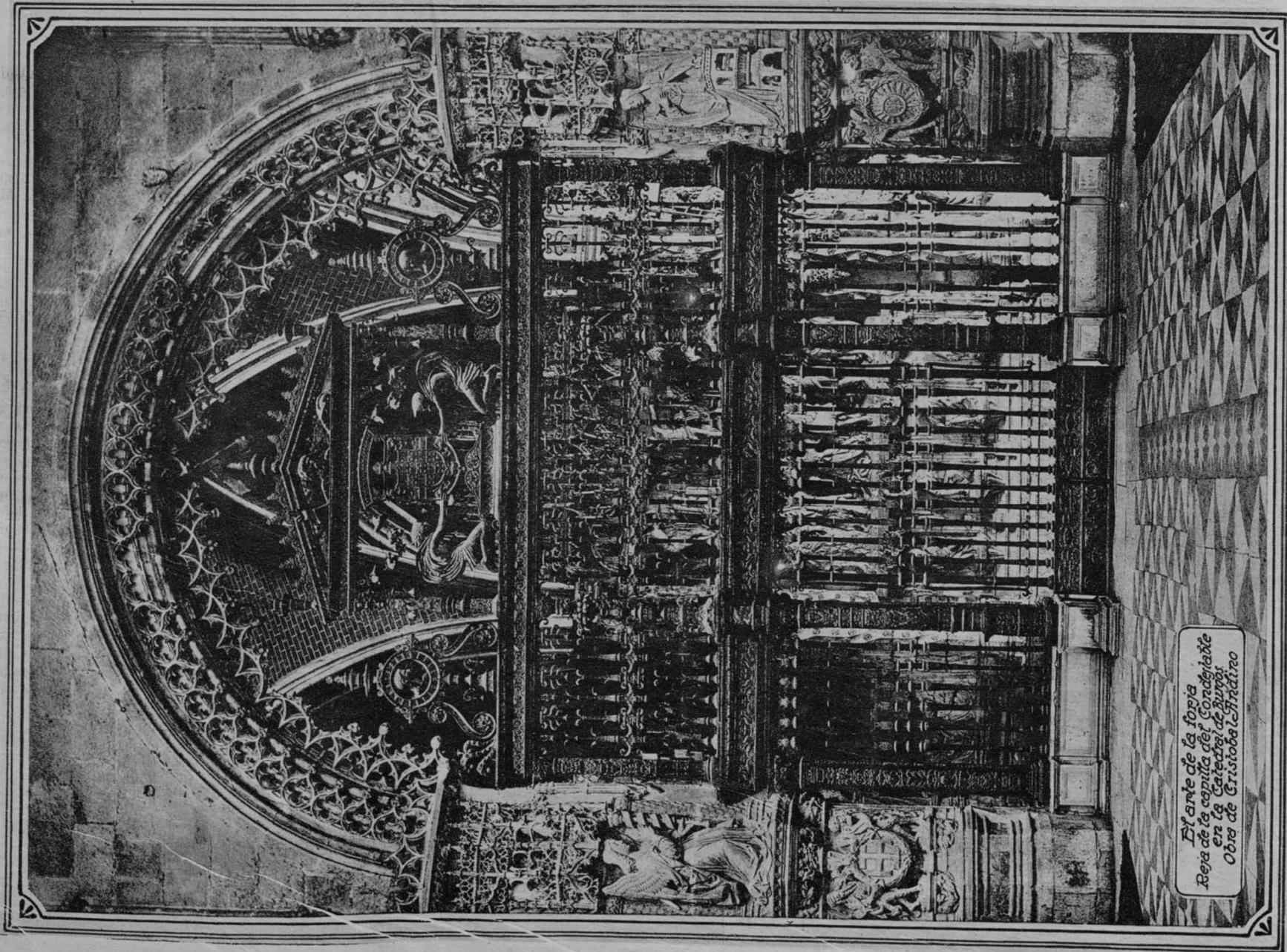
La decoración y el mobiliario moderno evolucionan hacia una simplicidad que no es más que un alarde de refinamiento.



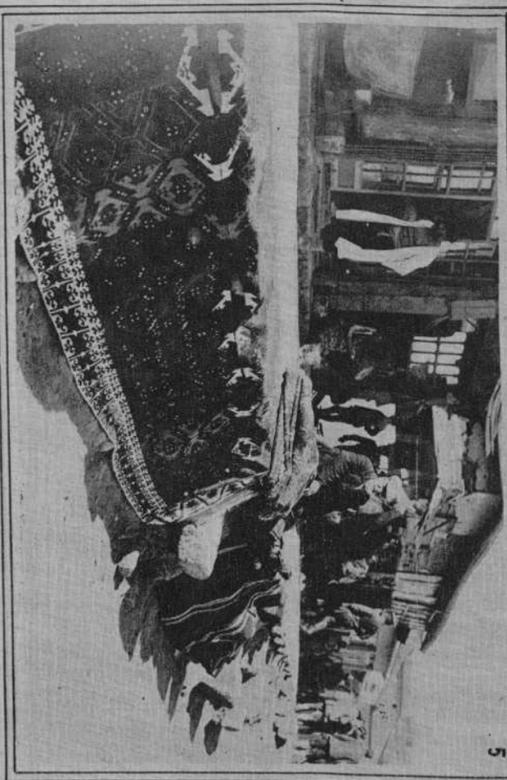
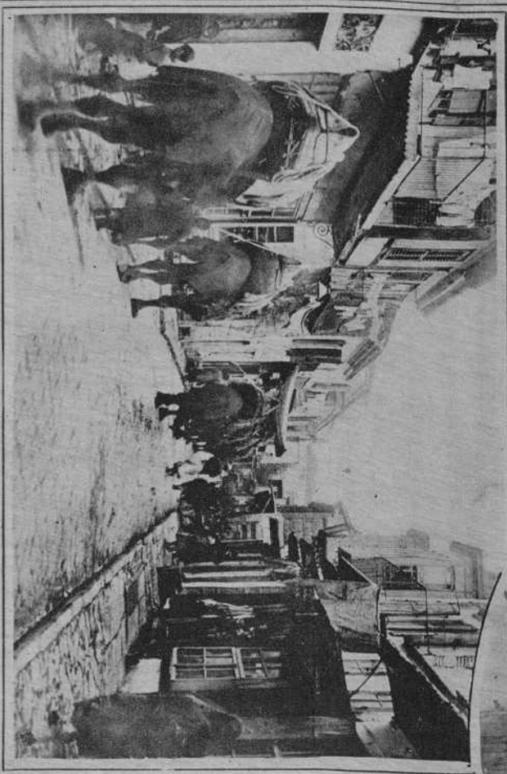
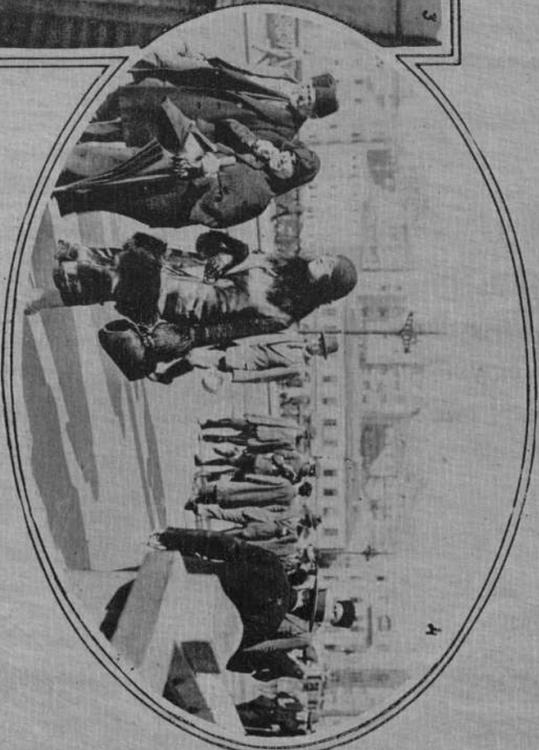
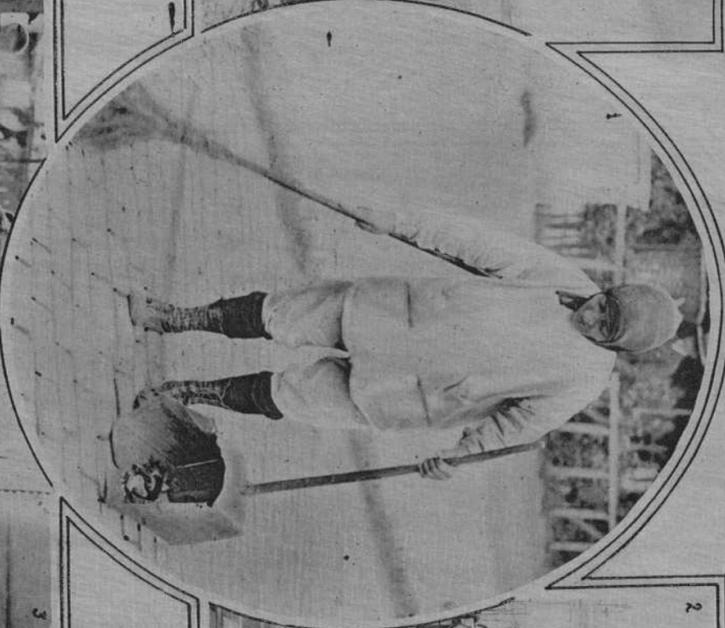
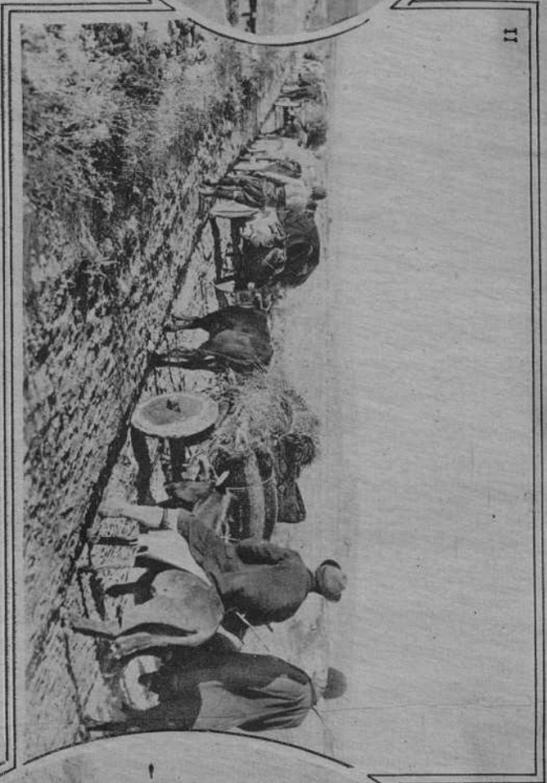
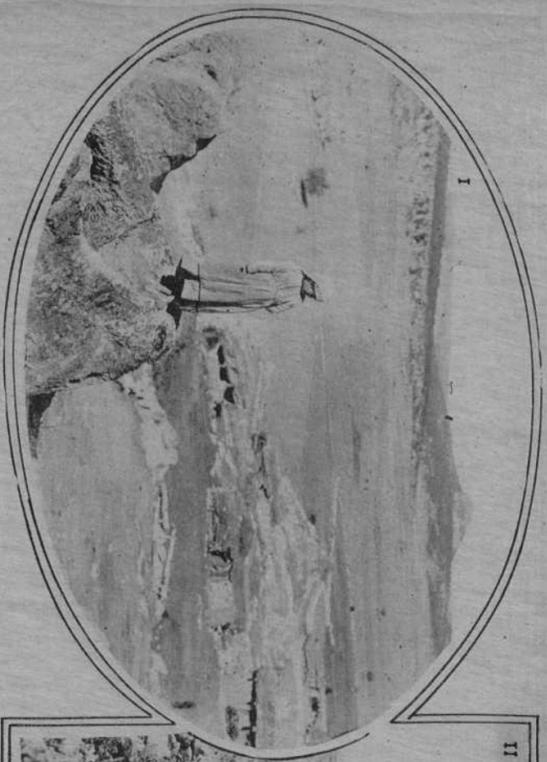
I.- Comedor de una surtida morada parisina decorado y amueblado según el cánon moderno.

II.- El dormitorio: la cama convertida en vasto diván.

III.- El cuarto de baño, pieza completamente indispensable



*El arte de la forja
Reja de la capilla del Condestable
en la Catedral de Burgos
Obras de Cristóbal Berruguín*



I. - Las desoladas montañas de Yassil Kaya.
 II. - Los primitivos medios de locomoción.
 III. - Un rincón de Anadolía.
 IV. - El reentrante lista en plena calle.
 V. - Desfile de carrellos en Esmirna

Turquia bajo la energética dictadura de Mustafa Kemal, evoluciona deprisa. Pero aún, junto a la nueva Turquía que se europeiza, subsisten los vestigios de la vieja Turquía asiática

1. - Mujer barrendera pública.
 2. - En la estación marítima del Bósforo.
 3. - Limpiaolías, parrecidos a los nuestros.
 4. - Una elegante que viste a la europea, pero conserva el pelo turco.
 5. - El vendedor de tapices.

La novela del domingo

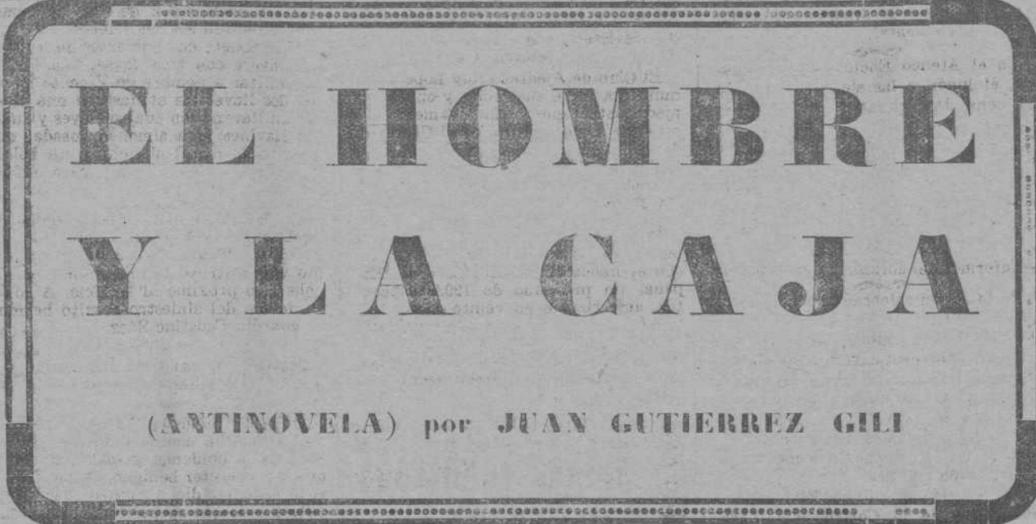
—Oye, María.
—Espera que prepare el te. Además, te voy a hacer un regalo.
Viendo Tomás que ella desahucia con la impetuosa decisión de una corriente de aire que da un portazo juvenil, se quedó un poco triste.
La vigorosa agilidad de los veinticinco años de María le había cogido de los hombros una vez de diez sin vivirlas. Con la preserteza de las rachas de abril volvió ella trayéndole en una caja de puras a manera de bandeja, la rosa de su cariño, esa primera rosa de las nuevas temporadas que no deshace dentro del alma otras flores muy elaboradas en la intimidad. En la breve ausencia de su prima, el avejado inmortal había experimentado un tránsito de siglos, a través de su propio abandono; se había sentido Paroís sepulto en un recinto lleno del confort más adecuado para no desesperar de molestia alguna en la eternidad. Y, ahora, una reencarnación de la primavera, sin más ciencia egiptológica que el ave Ibis de sus ojos celestes, le arrancaba del sueño milenar, como se arranca de un retrato un diamante casi incorpóreo.
—Acabas de abrir a mis ojos, María, la caja de todo secreto.
—¿A que resultado una Pandora?
—He descubierto, al verte salir, que lo infinito tiene una medida: el abismo, es decir, el molde que dejan tras sí las cosas que se comprenden. Conocer, pues, a una persona es quedarse en el vacío de lo que no es ella.
—¿Te desencanto, verdad?
—No me entiendes. Es que sólo somos el testimonio de nuestra ausencia.
—Prefiero no entenderte, porque iba a encontrarme también yo en el vacío. El se sonrió como un mundano y cogiendo un puro de la caja que le brindaba, dijo:
—Gracias, Minerva.
—¿Minerva?—objetó ella con un dejo de desilusión.
—Sí, porque con Venus no se puede hablar de nada.
—¿Siempre has tenido, primito mío, esta manera de flirtear?
—Contigo, ninguna.
—¿De manera que nunca me habías presentado, ni en sueños?
—¿Tendría que identificarte con tantos retratos nunca vistos?
—Pues yo diría que al verte bajar ayer la escalera del barco se confirmaba algo de lo cual ya estaba enterada. ¿Te parecías tanto a ti mismo!
—¡Hola! ¡Y no habréme reconocido yo todavía! Claro, estoy en el vacío de mi absoluta posesión: poseer es morir.
La linda María se quedó parada, caídos los brazos, mientras su primo avanzaba bajo el arco triunfal de su asombro.
—En adelante el mundo entero podrá contenerse en nuestro diálogo. Para ello tuve que llegar ayer de América ex profeso, ha tenido que enfermarse tu madre, y a tu padre le han reclamado negocios apremiantes. Tú eres el postre de mi recibimiento. ¿Pero no está ahí la gracia de todo un menú?
La melenita castaña de la joven tembló de una manera misteriosa al resplandor de un crepúsculo que sazónó sus mejillas. Deseaba irse y no podía mover los pies. El dejó de mirarla con la excusa de buscar un cenicero.
—¡Ay!—exclamó ella, como si le hubiese causado una enorme molestia.— ¡Torpe de mí!
Y se apresuró a poner otro cenicero al lado del que ya se había proporcionado él de entre los cachivaches que entristecían la cubierta del piano.
Disponiase María a ir por el te; pero se detuvo en medio del gabi-

nete, apoyada en la lámpara de peana prerrafaelista, cuya compañía invitaba a leer sonetos de Dante Rosseti. Se empujó curiosa viendo que él se sacaba un cuadernito del bolsillo y trazaba signos con la estilográfica. Sumamente intriguada, observó que dibujaba seis cuadros, cada uno en una página distinta. En otra hoja escribió unas palabras. Parecía un mago, la expresión concentrada, el pelo echado hacia atrás, negro el traje, envolviéndose al fumar avidamente en una niebla de rito, en una vaporación de teoría.
Súbito levantó los ojos y se quedó mirándola. Ella abrumada los suyos, sin ruborizarse ya esta vez. Pero salió, no como un aletazo de la brisa, sino como el último reflejo de la tarde.
Cuando volvió con el servicio de te, los dos sentían el alivio de quien ha vadeado un río muy difícil sin mostrarse más que lo indispensable, ese «indispensable» que de fatal se convierte en «necesario» por obra y gracia de nuestra naturaleza regalona y viciosa.
Y como él no dijera nada, María hizo una doble alusión a sus palabras de antes y a su silencio de ahora, reprochándole así con voz de espectro que parecía salir del pecho de las ninfas grises, del tapiz, de la lámpara o de la tetera, antes que de su garganta prieta y blanca:
—Tomás, ¿te burlas de mí?
Cuando llamó el médico era esa hora que se ha salido del reloj y se ha detenido en todas las cosas, al amparo de la penumbra del anochecer y del alma. Habían hablado en confesión, con la alevosía del disimulo que no tiene nada que ocultar.
—Antes que entraras he oído un eucicheo a la puerta—le había dicho el forastero.
—Nada; la doncella, que se precipitaba mientras yo iba a ver cómo sigue mamá. Quería servirte yo misma.
—Gracias. ¿Y cómo está la enferma?
—Duerme. El médico ha dicho que volverá esta tarde. Papá no debía haberse ido; pero esos dichosos negocios...
—La verdad es que entre la beatitud y el furor mercurial de tu padre, bonito negocio el tuyo en esta vida.
—No hablemos de eso. Puesto que tú traes aires de novedad a mi clausura burguesa, cuéntame tus correrías por el mundo.
—Mis correrías no se le pueden contar a una señorita falta de elementos de juicio para no echar a mala parte la hojarasca de la anécdota trivial.
—Te advierto que para mí lo inmoral es otra cosa de lo que me

han enseñado a presumir que lo sea para salvaguardarme de ello. He notado que todo lo que puede atacar a los negocios y a las ideas consentidos por la costumbre y la comodidad, son inmorales.
—¿Y cómo debes de sufrir tú en esta casa?
El saloncillo se iba transfigurando. Los visillos adquirían tonalidades de lúbricos góticos. Cinco campanadas se posaron, levantando el vuelo de su nido, en los respaldos de las sillas. El primo tenía una lobreguez de catafaco, con la llama cúpica de los candelabros apagados. Los pliegues del cortinaje gris eran sombras cupresinas. Las porcelanas y cristales que poblaban la meseta del piano, el turbante de la lámpara y la isla dorada y negra de la consola, bajo el cielo del espejo nublado de orfismos trans-

estado, más que de ánimo, temperamental, le rogó que le mostrara el cuadernito en que había escrito aquella cábala.
Tomás la complació como el niño que da media peladilla a su hermanita:
—Mira, un cuadrado, dos cuadrados, seis cuadrados. Y, claro: ¡qué solución! ¿La ves?
Ella esperaba un simbolismo, un anagrama de amor. Y, súbito, todo el embrujamiento alquimista del gabinete se deshizo cuando sus ojos leyeron este aforismo: «El mundo es una caja».
—No te asombres; de la vieja naranja, no quedan ni las cáscaras.
Y en aquel instante, que era uno de los latidos de la hora que no cabe en el reloj, la doncella apareció anunciando:
—Señorita, el doctor.
A lo largo del oscuro corredor sonaron unos pasos. El doctor esperaba en el recibimiento. Oyó un leve golpe de nudillos en una puerta y una vocecita opaca que llamó dos veces acariciante:
—¡Mamá!... ¡Mamá!...
Luego María salió y le dijo muy resuelta:
—Por fin se ha dormido, doctor. ¿Cree usted humano despertarla?
—Es que es un caso único. Le advierto, señorita...
Cuando María decía que no, su negativa no era una opinión, ni siquiera un mandato, sino una fatalidad.
—Para que usted se tranquilice—agregó viendo la perplejidad del hombre eminente—, bastará con oír desde la puerta. No quiero ser irrespetuosa con la ciencia.
El médico sentía reflejada en sus espejuelos y en su discreta calva la sonrisa con que la joven estereotipaba sus palabras en su voluntad. Y se hubiera ido en seguida, atolondrado, a no ser que ella casi le arrastrara por un brazo.
—Oiga, oiga, ¡qué sosiego!

Por una rendija de la puerta del dormitorio, el oído del doctor hizo una auscultación telepática. Súbito, un piano vecino filtró una melodía galante por las paredes, con timidez de aristón. Tan insólita oportunidad tuvo que alejar del ánimo del médico toda idea pesimista, y así se despidió doblando el espinazo, como una figura versallesca, de incógnito, que suscitara el minuet mozartiano re que estaba calada la casa. A María se le antojaba que acababa de dar recepción a un galeno de Molière.
La sirvienta acudió alterada apenas oyó que el médico se iba.
—¿Señorita...
—¿Qué pasa! ¿Hay ladrones?
—El señorito... su... su primo, está loco!
—¿Eh!
Y acercándose junto a María, la fátula señaló por el corredor oscuro hacia el gabinete. Se habían encendido los focos eléctricos de la calle, y siendo el piso bajo, la salita se llenó de esa luminosidad azogada que galvaniza todas las cosas. Como de celuloide, el corazón comenzó a flotarles a las dos hasta la garganta; a contraluz, en la puerta de cristales esmerilados, la silueta meliflora del primo Tomás, haciendo pretil defensivo del respaldo de un sillón, apuntaba con un revólver a no sabían dónde.
Sonó un disparo que mató al somnoliento minué.
—¡Tomás!
—¡Aaaaay!
Se encendió la luz del gabinete, y Tomás salió al pasillo diciendo:
—No es nada, María. Ya pasó el peligro.
Le miraban con el terror de quien, queriendo huir no puede, con una mezcla de fascinación y de pánico.
—¿Qué ocurre?—les preguntó usurpándoles la pregunta.
—Deja el revólver.
—Tómalo.
Ella lo recogió segura de poseer una de las «Flores del Mal».
—Habrás despertado a mamá. ¿Contra qué disparaste?
Pero sin esperar la respuesta fué a aguzar de nuevo el oído a la puerta del dormitorio. La sirvienta salió de la casa santiguándose alterada, y bajó las escaleras huyendo del demonio.
Qué sugestión, qué imán tenía aquel loco para el cándido anhelo de una muchacha que no hubiera trasladado el atrio sagrado de las iniciaciones. El aire estaba cargado de vientos de elementales que infundían alarmas y estremecimientos a las ropas, a los cortinajes, a las largas orejas de los espirodistas que en sus tientos guardaban los rinceones del gabinete, vientos invisibles que llegaban a mecer los cuadros como péndulos. Sólo el espejo permanecía impassible: lámpara clavada en lo desconocido por un balazo suicida. En efecto, un impacto de mirada lúgubre, había plasmado en la superficie de relumbre mercurial la negra oblea de la boca del cañón.
En el velador había unas copitas y una botella de escarchadas estrías. Tóhás puso en la mano lanceolada de la joven el pequeño cáliz cristalino-opalescente, y exclamó:
—¡Brindemos una vez más por los muertos!
Ella bebió temblorosa, sin apartar los ojos de él, como apurando su mirada en una libación ofidia.
—Al brindar por «ellos», lo hacemos por nosotros mismos. No dudes que la diferencia existente entre el hombre vivo y el difunto, es que éste ha dado, por fin, con «y en» su caja única y verdadera, en tanto que el primero anda perdido de caja en caja—cuna, alcoba, aula, coche, oficina, templo—, hecho una aparición exótica de sí mismo. ¿Cómo se entiende, si no, este de-



seo de morirnos que sentimos al hallarnos en un recinto acogedor y amable, donde cabe toda la felicidad de nuestro amor?

—Tú me hablas, primo, de la manera que yo me hablaría a mí misma, de haber visto mundo para aprender el nombre de todas las cosas. Me hace el efecto de que cuanto has visto, cuanto has pensado, has oído y has sentido, lo llamas ahora por su apelativo, y que todo te obedece como un perro fiel, como un corazón sin fuerzas...

—Y, sin embargo, yo he perdido las mías hasta el último latido, porque acabo de suicidarme. Eso ha sido el tiro que te alarmó. Todos llevamos dentro de nosotros la fisonomía de Satanás y la fisonomía de Luzbel, cuando uno de estos dos seres esenciales no sucede al otro toda la personalidad del individuo, como en San Francisco o en Nerón, el carácter pasa por el mundo sin carácter en una lucha sorda y esterilizadora de elementos vitales. Hay que tener la fuerza de voluntad de suicidarse, para que lo que quede sea uno mismo, libre de esa dualidad que nos devora la existencia temporal. Hasta hoy yo he tenido personalidad definida, porque triunfaba en mí, como ángel tutelar, el Lucifer de los filtros primaverales; pero al abrirse en tus ojos el arca olvidada de mi San Francisco, se ha desatado la más tempestuosa batalla en la penumbra del ocaso. La luz y la sombra han caído sobre mí con toda su trágica filosofía. Unas alas de ángel sacudían el espejo, donde, de dentro de mis ojos, había salido un espectro infernal. Pero el espectro se reía y las alas empezaban a troncharse y a desprender un polvillo de mariposa moribunda...

Así diciendo el primo Tomás, pasó un dedo largo y afilado como un estilete por encima del velador, donde su aliento, mezclado al de ella, que le escuchaba apoyando en las manos el mentón, había puesto un polvillo de humedad. Y reanudó su monólogo de orate:

—En tanto un agobio de agonía cargaba el aire de la casa, el piano, que según me descubrió un pintor de misterios, el mueble por excelencia conjurador de espectros, ha empezado a tocar un minué al contacto de mis manos; no de estas manos mías que tú ves, sino de aquellas que yo veía en la sombra que en el espejo abría la cubierta del teclado, esqueleto pulido de la luz que amé en todos los países, ahora precipitados en un momento por tus ojos. Todo está dentro de tí, arca de lo porvenir, hucha de la paz. Y nuestras vidas dentro de una misma caja. Por fin acerté a defender al que se reconocía en tí. La sombra está enterrada bajo el espejo, donde ahora se baña nuestro diálogo. No me atrevo a asegurar que esté loco, pero reconozco que no lo niego, como suele hacerse, y esto es ya una garantía de serlo normalmente. La mala locura en la anormal, la que nos impide ser razonables.

Ella le contestaba con la palabra total del silencio rendido; no del silencio cerrado, sino del silencio abierto, donde no cabe detalle de coquetería ni de precaución. El reloj marchaba a gran velocidad; perdidos los estribos, había saltado la carrera de obstáculos que va de las seis a las nueve, y seguía, olvidada de sus dueños, en el mayor libertinaje de su perdida dimensión.

—Pero dime—dijo ella con la voz suplicante de quien ansía padecer lo que otro ha padecido—; ¿es cierto que has gozado mucho en tus andanzas?

—¡Pobre Petrushka!—exclamó Tomás hablando con su ausencia; —me he dado de continuo, como tú, de cabezadas contra las paredes de mi caja. Pero así he aprendido que para llegar a abrir una ventanita en el cubo que nos en-

carcela, no se puede desafiar a los seis planos a la vez. Hay que consagrarse a una sola superficie: lienzo, cuartilla, alcatifa; es decir, planos de la plástica, de la lírica; en suma, estrado del número. Y sólo el que logra realizar una obra de arte, abre en vida los postigos al aire libre de la eternidad. De manera que el genio, creando, vive felizmente muerto. ¿Comprendes?

Ella no quería comprender, y por tanto le parecía todo clarísimo. Y, mujer al fin, insistió en su curiosidad:

—Pero, dime: ¿qué hacías en Buenos Aires?

—Vivir, perderme en la nada. Aventar mis cenizas precozmente. Pero quiero que sepas...

Se levantó, encendió un cigarrillo, y fué a hundirse en un diván. Ella, como si lo hubiera hecho toda la vida, llevóse un «gold-flake» a los labios y ocupó el lugar incluíble en el canapé.

Si Tomás había agotado aquella tarde sus ademanes y gestos de diablo hasta llegar al suicidio, María había extinguido su silueta doméstica hasta dar en perfecta «garçonnette», en salamandra del baile. No se sospechaba que hubiese pasado la vida sometida a unas efemérides reiteradas veinticinco años consecutivos. Tenía en los hombros emociones de paloma pompeyana, porque tan afinada se le había exaltado su gracia estatuaría, que toda ella estaba al vivo de las insinuaciones subjetivas y formales, medio querube, medio diablesa también: Fra Angélico y Rubens tenían en María su cifra antagónica, resuelta humanamente. Y su primo, que había reducido con su hazaña de aquella tarde, su personalidad al San Francisco de su esquema psicológico, no podía ya dejarse arrastrar por lo pagano, sino por lo místico de la llama viva que le alumbraba y le chamuscaba sus alas angélicas de faisán. Así es que se amparó en la narración de anécdotas, para no tener que ponerle las bridas al corcel de las horas y romper como un tibur irrisado la intimidad de porcelana que les hacía fragilísima la dicha de encontrarse solos.

—¿Nunca tuviste ambiciones de dignidades ni jerarquía?

—Siempre he procurado ser lo más interesante para mí, donde me hallara. Nunca he podido aceptar un honor, una categoría que me obligasen a ceder un solo instante de libertad personal.

—Como el viento, ¿verdad?—dijo ella con ironía—. Pero si es tentadora la bohemia, a un hombre, en cambio, le sientan bien el recogimiento, las rancias amistades, la familia...

—Pero, ¿y la guerra, y el egoísmo de las puertas cerradas para que no se escape ni un hilillo de aire de felicidad interior? Te digo que no he conseguido limitarme hasta el punto de creer que el mundo sea el hogar, porque hasta ahora mis lares han sido el mundo entero.

—¿Hasta ahora?—le preguntó ella con una tierna fiscalización en la mirada.

—No sé; me haces dudar de mis convicciones; pero, ¿no es cierto que, por lo menos en España, la mujer no quiere que su hijo, que su esposo sean hombres de idealidad, sentimientos universales? Los quiere sólo hombres domésticamente felices, segura de que en tal estado ella coronará toda aspiración. ¡Egoísmo de lesa patria! ¡Egoísmo de lesa amor, que ni la verdadera felicidad cabe de puertas adentro de la vida privada, ni el hogar es el único fin, sino el principio de la vida social.

—No es egoísmo. ¡Tú no sabes lo que es la inacción a que se ve una sometida! Si fuera posible seguirnos, si vuestros pasos fueran visibles desde el rincón de casa...

—Sin embargo, lo que a la mujer suele agrada es el engaño, que halaga su vanidad. Para la verdad cierra los ojos. La galantería y la fe colman sus aspiraciones. Ahora mismo, estás seria, con una triste gravedad; pero bastaría que te dijera lo que tú estás cansada de saber, acerca de tu juventud y de tu hermosura, para que la estrella de tu sonrisa asomara sus puntas más brillantes a tus labios y a tus ojos.

—Pero mi halago personal no sería comparable con la generosidad de sentirme causa de una felicidad ajena.

—Tú has meditado mucho, María, y te rebelas a ser mero adorno del pensamiento o de la vanidad del hombre. Así eres capaz de comprender que la crítica es una función de la moda, y siendo ésta una imposición femenina por excelencia, el corazón de la mujer no puede divorciarse de las exigencias del criterio, de las disciplinas del juicio. La sensibilidad del mundo está en vuestras manos. ¡Ah, si cuidárais de la sana crítica como de un hijo! No sólo seriais mujeres en vuestro domicilio, sino en el tabernáculo de la idea, arca del verdadero amor.

—Si Dios te hubiera dotado de virtud para la constancia, así como te ha dotado de inteligencia...

—¿Pero me vas a definir?

—¿Lo ves? ¿Quién tiene la culpa de que la mujer no analice?

—Os calláis por miedo de perder la partida.

—Me has interrumpido, y no quiero perder la modestia para que me des la razón. No necesito parecer más fuerte que tú para que así lo creas.

—¿Quién te hubiera conocido a tiempo!

—¿Pero existe el tiempo?—objetó ella, empezando a conquistar el plano en que él vivía.

—Es verdad; cuando la eternidad se detiene en un diálogo... Pero, dime: ¿qué son, entonces, la nostalgia y la esperanza?

—La garantía que nuestra limitación tiene de la permanencia.

—¿Y tú que nunca te asomaste al mundo hablas así?

—Es que el mundo es lo más grande para el hombre; pero una suele asomarse, a solas, a algo mucho más grande todavía. Yo he sentido mucho, y no sé... pero diría que sentir es más que pensar: es comprender. Me hace el efecto de que los hombres ven su corazón en el aire, como una cometa, como una lagartija encaramada al cielo, pegado al azul que no han sabido encontrar dentro de sí mismos.

—¿Y creías que lo habías acabado todo con dar la vuelta al globo terráqueo! Yo me paseo por el sistema planetario con sólo un poco de imaginación y el lazarillo de la esfera armilar.

María cogió con desenfado un cigarrillo y sacudió uno de sus extremos en la palma de la mano, como había visto hacer a alguna estrella de la pantalla.

Y él exclamó sin arteria:

—¿Cómo me haces apetecer la limitación fronteriza de los países para el globo terráqueo de mi corazón!; ¡y haber considerado a la patria como un vivero de sabandijas y de mártires!

Hubo un silencio de transición. A Mefistófeles se le afinaba la silueta como a un eremita. A ella se le robustecía su personalidad de Minerva imprevista. Solo que el vaho del ambiente, cargado de humo y de metafísica, le impedía calarse el casco y mantenerse en la olímpica-peana.

El lo notó y le dijo:

—A pesar de la actitud que adoptas, cruzando las piernas y tentándote de vez en cuando la melena con ademán acariciante, te estoy viendo muy otra, ya con las manos en la falda, ya señalando con un puntero la carta geográfica que había en mi colegio de párvulos. Tuve yo una maestra inolvidable, y el abecedario tiene para mí todavía el aroma de la mano que lo escribía con el nardo de la tiza. ¡Como se rió el día en que le dije que ya sabía de dónde habían sacado el número 3 y el número 5! «¿De dónde?»—me preguntó—. Y yo le repuse, muy convencido: «De las cerraduras de las puertas». Los números ya me parecían claves de encierro, tan remota es mi sensación de estar entapiado en una celda geométrica, donde tres solas dimensiones me dan seis murallas. La vida es un hojaldre, y nuestro amor su florinata. Hay que saber morderla, esquivar la irrealidad de las dimensiones, diciendo: «el punto no existe; la línea es una sucesión de existencias, que a su vez informa la superficie. ¿Pretenderemos rendirnos a esta aparente evidencia?»

—¡Eso es la fe! Yo no veo esas paredes, porque las siento consubstanciadas con el universo. Lo que me contiene no es parte de la vida, sino la vida misma totalizada en un sentimiento muy vago, de algo que parece un deseo de no salirme de mí. Si yo soy toda yo, ¿para qué buscar lo infinito, mío, en todo lo que amenaza devorarme?

A María le salieron estas palabras como un cantar; ella misma no supo nunca lo que había esclarecido. ¡Cuán enamorada no estaría, que el ver claro le era ya gracia infusa! Tomás hubiera querido verse contenido en el estuche de su mirada, abierto como una madreperla. Pero temiendo parecer débil, reanudó sus ocurrencias:

—Sin embargo, yo sentí el apetito del vuelo antes de tropezar con la reja de la jaula. El prisma ha sido mi constante rompecabezas. ¡Qué oscuro es el origen de mi afición a toda suerte de estuches y cajas! Ellos me abrieron y me cerraron el camino del uso de razón, camino que serpeaba por los ríos del atlas y por las hendiduras de los pupitres, que formaban estriados planos con islas, deltas y capitales de reino con los nudos de pino, ojos de madera que nunca he sabido a dónde miran. ¡Oh, las cajitas llenas de plumas de corona, románticas como lirios! ¡Y las de cerillas! ¡Y las sorpresas! No en vano mi más remoto recuerdo es el de haber venido al mundo a través de la portezuela cuadrada de un ómnibus de estación. Me cogieron unos brazos vigorosos que me dejaron en medio de mi propia conciencia de cuatro o cinco años, divorciado del regazo materno. No te extrañe que haya disparado el revólver hace un momento: creo que, emparedados en lo desconocido, todos tenemos un arma intuitiva por donde disparar la energía latente de nuestra voluntad, a fin de abrir la brecha—pupila de mujer o telescopio—, de las trayectorias de la filosofía o de la fe. Y siempre creados, podemos decir con fray Luis:

«En el profundo del abismo estaba del no ser encerrado y detenido; sin poder ni saber salir afuera; y todo lo que es algo, en mí faltaba: la vida, el alma, el cuerpo y el sentido; y en fin, mi ser, no ser entonces era, y así de esta manera estuve eternamente...»

Con los cigarrillos y el alcohol insensible se le hizo un opio de harán a María en el cerebro. Y no pudo seguir oyendo tanta incoherencia narcotizante y atrozadora sin caer desvanecida. Un ángulo

del diván la sostuvo por la cintura; la cabeza le colgaba, y en el movimiento brusco mostró las rodillas, celestes ágatas por nadie admiradas hasta entonces. Las choquezuelas, bañadas amorosamente por las ondas y la blancura de los encajes y las telas de lino, a lo largo de los prados de la niñez, de la adolescencia y de la plena juventud, eran ya flores abiertas mellizas de castidad. Tomás tuvo que abrazarla para que no se acabara de caer.

La tendió delicadamente en el diván y le puso de cabezal un almohadón que daba nido bordado a unos pájaros de seda. ¡Cómo había podido sostenerla, con el temblor que le sobrecogía!

De la almohada sideral de la noche había caído, en sus exactas proporciones, una estrella dormida en un descuido. Y él llegaba en el momento preciso de recibirla. Un sagrado temor se apoderaba de su alma viéndose desamparado hasta de la debilidad de aquella mujer en quien había columbrado un puerto de santo refugio, un puerto todo faro, todo luminosidad.

Ahora, verla cerrar los ojos, era perder un destino de luz. ¡Tanto ir en pos de una llama divina por el haz de la tierra, para verse por fin en el punto de partida con toda una hoguera íntegra en los brazos!

Llamaron a la puerta exterior. Fué despertar de una quimera. Había humedecido las sienes de María y salió por el corredor. Antojábasele que hasta las ropas le iban ardiendo y que a su contacto las sombras se consumían como virtutas. Era su tío, ahito de finanzas y de Consejo de administración.

—¿Qué hay?—preguntó.
—Nada—repuso Tomás—. Duerme las dos.

En efecto, el financiero hallaba a su esposa sorda a todo llamamiento, imposable a todo intimación, ciega a toda contraluz terrena, en un helado y fijo eclipse de su alma.

Y Tomás volvía a asistir a María. Al abrir los ojos la muchacha, exclamó débilmente, aún sin sentido:

—¡Tomás!
El oía su nombre hecho suspiro, y comprendía que aquella era la primera vez que María en un trance de angustia dejaba de invocar a su madre.

Se había olvidado de ella desde que le vió a él. La madre había muerto, para renacer en la hija, hecha mujer enamorada.

En la casa, Aracne había dado un giro completo a su rueca, y la Minerva-María rasgaba el velo y se convertía en araña de oro aprisionando en sus redes los desengaños de un ser para quien la vida no tenía secreto.

Holocausto y resurrección. Fin de un principio y comienzo de otro fin. El día del amor nace de luto.

Y Tomás vertió una lágrima que se engastó en el anillo nupcial del zodiaco del horario. El mundo se le hacía comprensible en la infinita pequeñez de su vida, en aquel momento en que le era de una imperiosa necesidad ampararse, defenderse de sí mismo en la debilidad de María. Se hubieran dado un beso, pero una astilla de ciprés se les clavaba en los labios.

«El mundo es una caja», se dijo otra vez el ya rejuvenecido inmortal. Y el porvenir se le mostraba como un joyero cerrado, en cuyo terciopelo interior descansaban ellos dos, como un diamante puro y un brillante ex falso.

:-: PAGINA INFANTIL :-:



—Mi abuelo es centenario.
—Eso no es nada. Mi tío es millonario.

EL POR QUÉ DE LAS COSAS

¿Por qué es grosero bostezar?

La acción de bostezar, lo mismo que la de desderezarse, no es grosera en sí mismo y nadie se opondrá a que usted lo haga cuando está solo, pero en sociedad, es impertinente, porque significa, al hacerlo, que está usted aburrido o cansado. Cuando uno lo hace delante de otras personas quiere decir que éstas le aburren o le cansan, y naturalmente, ellas pueden ofenderse. Todo lo que incomoda u ofende a otra persona, es grosero.

Si uno no puede evitar el bostezo es necesario poner la mano delante de la boca. Dicen que esta es una costumbre antigua, que viene de la creencia de que pequeños diablillos entraban por la boca cuando uno bostezaba. De todos modos, se sigue haciendo para tapar la boca, enormemente abierta, que queda tan fea, porque la buena obligación obliga a evitar a la sociedad la vista de todo lo que es feo.

¿Qué es la neblina?

Existe una clase de neblina que no es más que una nube, una nube en contacto con el suelo. Cuando se atraviesa una nube en aeroplano hace exactamente el efecto de una fuerte neblina. Esta clase de neblina es muy común en el mar, pues está formada por el agua evaporada. En este caso no es mala, pero sí peligrosa, pues impide que los barcos se vean unos a los otros y pueden producirse choques.

La neblina tan frecuente en Inglaterra y, sobre todo, en Londres, es muy distinta. Está formada principalmente de humo y es a veces tan espesa, que dificulta la circulación de vehículos aún durante el día, ensucia todo lo que toca, deteriora gravemente la superficie de los monumentos y enferma a millares de personas. Cuando el aire es caliente, el humo sube muy alto y el viento lo lleva; pero cuando el aire es frío y húmedo, el humo no se eleva y se condensa en forma de neblina.

¿Por qué se acostumbra a usar la mano derecha?

El usar la mano derecha es una ley general observada por todos los pueblos en todas las edades.

Según varios autores, la preponderancia de la mano derecha depende de la ley del mínimo esfuerzo. Se explica por el hecho de que se usa el lado que exige un menor trabajo al corazón.

Los esfuerzos, los movimientos del lado izquierdo del cuerpo ejercen, en efecto, una influencia directa e inmediata sobre el corazón, lo que hace que, de instinto, estos esfuerzos se lleven al lado derecho. Débese a ello que no haya juebos zurdos y que el serlo sea considerado como una anomalía en oposición constante con una función normal.

¿Cuál es la velocidad de los animales?

Según observaciones hechas en distintas ocasiones, los animales pueden alcanzar sorprendentes velocidades,



—Te daré un bizcocho, pero tienes que partirlo con tu hermana, cristianamente.
—¿Cómo es eso?
—Quédantote tú la parte más pequeña.
—Dáselo a mi hermana que lo parta.



EL NIÑO QUE SE TRAGO UN LAPIZ

si bien—claro que no nos referimos a las aves—por un tiempo limitado. Una liebre puede hacer cuarenta kilómetros por hora en un trayecto de doscientos metros. Un conejo sólo puede mantener durante cien metros esta velocidad.

La cabra no pasa de los cincuenta kilómetros por cien metros. El antilope llega a los cincuenta y dos y el perro sólo a los cuarenta y ocho. El leopardo, en cambio, puede alcanzar los noventa y seis kilómetros. La vaca sólo corre veinte kilómetros por hora y sesenta y cinco el caballo.

Las ranas que pedían un rey

En otros tiempos, las ranas no eran perseguidas por ningún otro animal y hacían lo que querían, siendo reinas y señoras de las lagunas. Pronto se cansaron de esa vida de libertad y se reunieron para rogar al dios Júpiter que les eligiera un rey y les impusiera leyes y obligaciones.

Júpiter, que sabía lo vanidosas y frívolas que eran, sonrió al oír su ruego y arrojó al agua un gran tronco de árbol. Este hizo tal estruendo al caer y agitó de tal manera el agua, que todas las ranas se escondieron medio muertas de miedo. Permanecieron mucho tiempo en el lodo del fondo sin atreverse a acercarse a menos de diez saltos del tronco. Por fin, una rana más atrevida se acercó a este último para ver cómo era, y viendo que no se movía se fué acercando poco a poco seguida de sus compañeras y concluyeron subiéndose sobre él y tratándolo con gran desprecio. Muy ofendidas al verse sometidas a un soberano tan inerte, rogaron a Júpiter les mandara otro rey; entonces, el dios les mandó una cigüeña que, no bien llegó, comenzó a comérselas una tras otra.

Entonces, las ranas se dirigieron por tercera vez a Júpiter, pidiéndole tuviera piedad de ellas, pero él les respondió que tenían el castigo que merecían por tantas y que así aprenderían otra vez a dejar las cosas como las había hecho la Naturaleza y a contentarse con su suerte. «Mejor» es el enemigo de «Bien».

EN LA JAULA DE LOS LEONES

(RELATO DE UN MOZO DE «MENAGERIE»)

Estaba, en 1912, colocado como mozo de limpieza en la «menagerie» de H. Stubs, de Hamburgo. La casa Stubs recibía mensualmente fieras de diversas partes del globo, a las que aclimatava en su vasto parque, cruzando los animales y haciendo el negocio de surtir de animales feroces a todos los domadores de Europa.

Aquella tarde, al anochecer, M. Heinrich, el mayordomo, me dió el orden de limpiar la jaula de los leones.

—Pasaré las fieras a la jaula central y en tanto, tú procedes a la limpieza de la jaula número 6. Avisa cuando termines para poder reintegrar los animales a sus jaulas antes de la noche.

Así se hizo. Abierta la compuerta de paso, los cuatro leones africanos, soberbios ejemplares, que se alojaban en la jaula número 6, pasaron, por una jaula lateral, al jaulón central. Cerrada la compuerta, entré en la jaula que acababan de abandonar los temibles huéspedes, para proceder al limpiado de los hogares.

Estaba agachado, en cumplimiento de mi tarea, cuando al levantar la cabeza, dí con ella tan fuerte golpe contra un ventanillo que había quedado abierto, y que servía para pasar la comida a las fieras, que caí al suelo sin sentido. Hízose de noche y, desde el exterior, M. Heinrich, extrañado de no verme ni de recibir el aviso de que podían volver los leones a su jaula, me llamó a grandes voces.

—¡Tim! ¡Tim!

Yo seguía sin sentido. La oscuridad era ya absoluta y desde fuera era difícil que se me percibiera.

—Este tunante—refunfuñó el mayordomo—se ha olvidado de advertirme!..

Y tirando la cadena de la compuerta, abrió ésta, dejando paso a «mi» jaula a los feroces leones, tras lo cual se fué tranquilamente, cerrando con llave el departamento de las jaulas.

Un bufido escalofriante me hizo abrir los ojos. Mi primer movimiento fué llevarme la mano a la cabeza, que me dolía horriblemente. Pero pronto la sangre se paralizó en mis venas. En la oscuridad brillaban cerca de mí los ojos fosforescentes de las fieras; su calor, su acre hedor llegaba hasta mí; la terrible verdad apareció a mis ojos con toda su desnudez. ¡Estaba encerrado, con los cuatro leones, en la jaula número 6!

¿Por qué milagro los animales no se habían dado cuenta de mi presencia? Lo ignoro. Acaso, terminada en aquel momento su comida de la noche, su olfato estaba embotado y no percibía la proximidad de carne fresca.

¿Qué hacer? Un movimiento brusco llamaría la atención de los leones, los cuales se precipitarían contra mí. En un segundo formé mi plan. Consistía éste en poder llegar hasta los barrotes que daban al exterior y trepar hasta la cima de ellos, donde los leones, aun saltando, no pudiesen alcanzarme. Y desde allí, gritar, pedir auxilio. Pero, ¿cómo moverme del rincón en que yacía y atravesar la jaula sin ser oído por las fieras, que, por fortuna, permanecían quietas? Tomé una decisión. Lentamente, sin hacer el menor ruido, me quité un zapato y lo lancé con furia contra la pared del ángulo opuesto a la verja. El efecto fué instantáneo. Las fieras se lanzaron contra el imaginario enemigo, y yo aproveché el instante para dar un salto y agarrarme a la reja, trepando por ella.

No pude alcanzar tranquilamente su parte superior. Me sentí agarrado por la zarpa de la fiera por la extremidad de mi pantalón. La tela era resistente, y la fuerza del león colosal. Mis brazos no hubieran podido resistir mucho tiempo el esfuerzo, por lo que, abrazando con el brazo izquierdo los barrotes, solté con la mano derecha los botones del pantalón, cayendo la prenda al piso de la jaula, donde fué destrozada por los dientes de las fieras. Acabé de trepar y me sentí en salvo. Me deslicé de la cintura la faja y até mi cuerpo a los barrotes. Entonces comencé a pedir auxilio, mientras, abajo, los leones, enfurecidos, dando saltos prodigiosos, intentaban en vano alcanzarme. Mis voces de auxilio se perdieron en el vacío. Nadie me oyó. Mi cabeza se-



—¿Qué es un espejo?
—Un vidrio.
—No, hombre. ¿Qué le falta al vidrio para ser un espejo?
—El marco.

guía doliéndome. Una nube cegó mis ojos y volví a desmayarme.

A la mañana siguiente, Mr. Heinrich, me halló en tan crítica situación. Cuando me restablecí de la impresión recibida abandoné la «menagerie» y me empleé en otro oficio.

W. LAVEDAN

SALPICADURAS

Pepito no tiene empeño en discutir.

—Vamos a ver, Pepito—le dice un profesor a su discípulo—: Demuéstrame usted que la Tierra es redonda.

—¡Pero si yo no he dicho que la Tierra sea redonda!

El profesor: A ver si sabes, Manolo, por qué la Tierra da vueltas alrededor del Sol.

—Pues porque si no diese vueltas estaría más tostada de un lado que del otro.

Maruja va siempre muy elegante, tanto, que la maestra le pregunta: —Dime dónde te viste tu mamá? Y responde la niña: —¡Siempre en mi cuarto, señora!

—Agapito se ha dado un porrazo tan grande que se ha quedado medio tonto.

—Pues ha salido ganando.
—¿Por qué?
—Porque antes lo era del todo.

En el circo. Una hermosa domadora da a un feroz tigre terrones de azúcar con su propia boca.

Rompe el silencio una voz: —¡Eso lo hago yo!

Después de los naturales rumores, vuelve a quedar la sala en silencio, y vuelve a oírse: —¡Eso lo hago yo!

El director obliga a bajar a la plaza al de la voz.

—¿Con que hace usted eso?

—Sí, señor.

—Pues vamos a verlo.

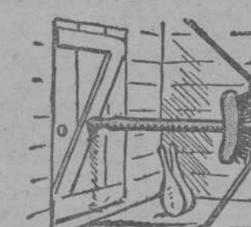
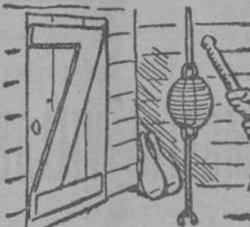
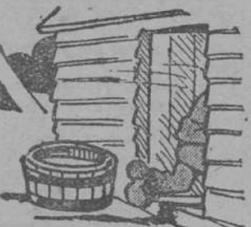
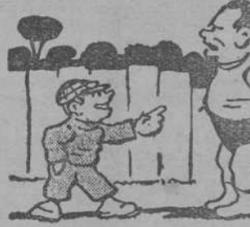
—Ahora mismo. Que salga el tigre de la jaula.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, sí; lo que yo hago es lo que hace el tigre.

El maestro se esfuerza, durante media hora, en demostrar a sus alumnos el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Para ello hace dar vueltas a una naranja alrededor de una bujía.

Carlitos se entusiasma y exclama, contento: —Señor maestro: Hágalo ahora con un plátano.



LA VENGANZA DE PEPIN o EL BOXEADOR BURLADO



—¡Mira, papá, qué bien manejo la sierra que me han regalado los Reyes!

LA II EXPEDICION DE CATALANES
A ORIENTE
XXV Y ULTIMO
ADIOS A ORIENTE
POR
CASIMIRO GIRALT

XXV y último

Adiós a Oriente

Preparáramos con entusiasmo el espectáculo magno que había de terminar la actuación de «Mujeres y Flores de España», por tierras de Oriente. Todo estaba ya dispuesto para la partida. Embarcaríamos para Italia, y, ya camino de España, nos detendríamos para dar un corto número de representaciones en teatros de tanta importancia como el Politeama Garibaldi de Palermo, el Politeama Giacosa de Nápoles y el Salone Margherita de Roma.

La fortuna sonreía nuevamente a la farándula barcelonesa. El ángel bueno que guiaba a ratos; no siempre la expedición, había desplegado sus alas y se había remontado lo suficiente para no exponernos a nuevos tropiezos.

Tocaban a término nuestras andanzas con la preparación de la función de despedida.

La velada prometía ser triunfal. El Ministro Plenipotenciario de España don Juan Seryet en generoso entusiasmo había querido acogerla bajo sus auspicios, y era todo Constantino-pla, autoridades, público y judíos descendientes de España, que quería asistir a la representación de gala.

Un acontecimiento inesperado vino a turbar nuestra alegría. Durante uno de los ensayos, recibimos la más inesperada de las visitas. Pujol, nuestro misterioso compatriota, el extraño personaje que conocimos en Alejandría, se presentó ante nosotros, pálido, demacrado, espantosamente arruinado en su físico, en su espíritu y en su indumento.

La figura, alta, angulosa, había crecido en proporción a la delgadez extremada de su cuerpo. Flaco hasta la exageración, dentro de su raído gabán gris, que no parecía envolver el cuerpo de un hombre, sino la desnuda osamenta de un esqueleto, apareció a nuestros ojos con su estafalaria sonrisa, con la desbordante mímica de sus manos y el extraño fulgor de sus ojos hundidos, en los que parecía haberse refugiado el último destello de vida que animaba su pobre cuerpo en ruinas.

Saludó a todos. Me estrechó la mano, tímidamente, y como amparado en la penumbra que envolvía un rincón del escenario, esperó a que terminase el ensayo.

Le llevé conmigo. Mejor que le veía, le adivinaba a mi lado, deambulando por la calle, alto, gigantesco, inmateria, sorteando como un fantasma el paso de la multitud que llenaba la acera y se apretujaba en las esquinas y ante los escaparates de las tiendas.

Nos sentamos en el interior de un café. El singular personaje rompió el silencio y con su voz opaca, temblorosa, no desprovista de emoción, me dijo:

—Abandoné Alejandría. He llegado esta mañana, y por los carteles del teatro he sabido que estaban ustedes aquí. No he hecho más que hospedarlos en casa de un mercader egipcio, que conocí en Alejandría, y aquí me tiene usted.

—Aquí me tiene usted—añadió con el tic que ponía en sus labios aquella sonrisa, en aquel momento más trágica que nunca—ex-médico, ex-rico y ex-mozo de billar.

Abandoné mi última profesión porque tenía volverme loco. No podía con ella. Me abrumaba. Me desesperaba. Era una tortura superior a mis fuerzas. Atacaba, en mi cerebro, hasta la célula más recóndita, y hubiera acabado con el último vestigio de mi razón. Destruía lo que no se recupera jamás: el raciocinio, la lógica...

Le atajé con una mirada de reconvencción.

—¿Me cree usted loco?—murmuró el infeliz. —Pues bien, voy a demostrarle con mi relato, que nunca puede estar más cuerdo. Vea usted mi caso,

como si fuese llamado a juzgarme severamente. Si la locura existe en él, descubra usted donde está: si en mí, si en los mozos profesionales de billar o en el juego mismo.

Indague usted donde está el cuerdo, si el hombre que, como yo, abandona una profesión de locos, o en el loco que se empeña en serlo incapaz ya para toda redención.

Se interrumpió un momento. Sus ojos brillaban fosforescentes. Sus manos, como nunca prodigiosas de elocuencia, me abrumaban, me aturdíen. Sentía en mí la extraña fascinación de su mímica imponderable.

Y prosiguió:

He dicho, juego de locos, y no puede estar más justo en mi calificación. ¡Ha visto, usted, nada más absurdo que mi servicio en el billar del «Athlético»? ¿Conoce usted nada más estafalaria y grotesco? Colocar con sumo cuidado los cinco palitos de marfil sobre los cinco puntos marcados en el tablero, sabiendo que al instante el jugador de tanda—un botarate cualquiera—, habrá de derribarlos caprichosamente. Situados de nuevo geométricamente en su sitio, para contemplar al momento cómo otro ante insignificante arroja contra ellos furioso las tres bolas a la vez y los derriba con estrépito. Levantarnos y verlos caer de nuevo. Repetir lo hecho, segundo tras segundo una y otra hora, día tras día, es decir, hacer de nuestra vida una negación constante, un hacer y deshacer eternos, un tejer y destejer perpetuo... Empeñarnos en la más inconsciente de las labores, en la más absurda y estéril de las obras... ¿Cabe suplicio mayor en la vida? ¿Puede imaginarse pesadilla más atormentadora? Ser condenado a una agresión perpetua, sin protesta, con la sonrisa en los labios, en medio de las carejadas y burlas de cuatro imbéciles... ¡No, no! ¡Cráme, usted! ¡Me hubiera vuelto loco! ¡Loco, sin remedio!

Calló. Le envolví, naturalmente, en una mirada de lástima. Estaba loco. Loco de atar. Pero su locura era la locura de la lógica, del raciocinio, según la peregrina teoría que acababa de exponerme.

¿Qué hacer en favor del desdichado compatriota? ¿Dejarle abandonado a su destino en aquel país extraño, enfermo, derrotado, triste?... Me animé súbitamente. Le estreché la mano.

—Usted se viene a España con nosotros. Allí, por lo menos, está uno en su tierra y puede desenvolverse con mayor facilidad en la lucha por la vida. Vuelva usted a su carrera de médico, y ejerza su profesión en una población rural, en una pequeña aldea a ser posible. Recobrará usted con ello la salud del cuerpo y el sosiego del espíritu.

El infeliz se abrazó a mí llorando, y tras cortas palabras, quedó concertado su regreso con nosotros a Barcelona, una vez terminada nuestra corta actuación en Italia. Desde aquel momento, casi no se separó ya de nuestro lado.

A los pocos días, celebrada nuestra triunfal representación de despedida, la farándula barcelonesa embarcaba con destino a Messina. La expedición a Oriente había terminado con muchos laureles, poquísimas pesetas... y con un expedicionario más en nuestras filas. Un expedicionario al que, como a nosotros, había abrumado la lógica, y prefería galopar por la vida caballero de una nube...

Pero, no; el agregado a la legión, enigma viviente y perpetuo, nos deparaba aún la más extraordinaria de las sorpresas.

A la hora de la partida no se presentó a reclamar su puesto en el buque ni mandó noticia alguna de él.

Había desistido seguramente de regresar a España, y sólo Dios sabe con qué nueva y peregrina teoría fundamentaba su decisión.

VALENCIA CATALUÑA

EL PINTOR CUSAT

No hace mucho que se ha roto la noche, produciendo, con la fractura, una música argentina de campanas y una coloración pueril de rosicleres.

El puente del Real extiende su curva mayestática y levanta sus galardos templete. Antaño sirvió para que se arrastraran por él las colas que seguían a las damas linajudas. Ahora sirve, como cualquier otro puente, para que transiten todos los ciudadanos. Y a esta hora se halla casi desierto. Solamente lo recorre algún tranvía cuyas inyectadas pupilas se acaban de apagar y alguna persona que del campo viene a la ciudad para entregarse a serviles quehaceres.

Mas, ¿quién es el hombre ese que en cualquier otra circunstancia llamaría la atención? Su estatura es eminente; va cobijado por un chamberg amplísimo, no tan negro como negras son las barbas; el ceño natural doble las halgas de su abrigo; y parece inclinado; no por el peso de los años, puesto que aun es joven, sino por el peso de un imponderable.

Ese hombre llega ante un vergel público. Y penetra Realmente, pocas horas habrá más agradables que ésta para deambular allí. Tiemblan las innumerables hojuelas sobre las que resbalan gotas de rocío. Tiemblan las gargantas de ruiseñores ocultos en los árboles copudos. Y las ideas que nazcan en semejantes circunstancias habrán de tener una limpidez de cristal valenciano.

Pero el varón desconocido no demora sus pasos en el ameno paraje. Llega a un rincón. Varios bloques de piedra le esperan. Y el hombre, luego de los oportunos manejes indumentarios, se pone a picar la masa pétrea. Así, estará durante varias horas.

Quienes abandonen los viales más apartados repararán en nuestro hombre. Casi todos, a pesar del talante romántico, le reputarán un artesano. Pocos adivinarán que es un artista. Su cédula—si la gasta—hace constar que se llama Enrique Cusat Garibó.

Cusat, que va hace años presentó una porción de sus lienzos al público barcelonés, ofrece actualmente una treintena de ellos al público valenciano.

Lugar de la Exposición es la Sala Imperium.

Allí hemos visto el «Calvario de Betera», la ermita que desde un altozano preside el pueblecito de Godella, albergue de veraneantes; las alamedas de Serranos, que en un lugar apartado de la ciudad crían musgo para que no resuenen los pasos de furtivos enamorados; los caseríos de Manises, el lugar cuyos hornos cocieron tuestos preciados; la plaza de la Malvarrosa, en la que operaron Vicente Blasco Ibáñez y Joaquín Sorolla Bastida; la Plaza de Nazaret, menos consagrada, pero no menos hechicera; el Paseo de la Pechina, que concibieron los ediles del XVIII a lo largo del río ciudadano; las montañas de Onteniente; los cielos de Burjassot; otros lugares sin especificación toponímica, pero igualmente valencianos...

Y esta valencianidad de los temas que inspiran a Cusat conviene destacarla de una manera machacona—como, indudablemente, lo hemos hecho—para que se eche de ver más fácilmente la cualidad que, sobre todas, distingue al mencionado pintor entre la nutrida hueste que habiendo nacido en tierras valencianas, se ha consagrado al arte por intermedio de los pinceles. Esa cualidad consiste en apartarse de la técnica violenta y valiente, firme para el dibujo, vibrante para el contraste de color.

Cusat sólo tiene ojos paisajes en que domina un tono, un solo tono nunca demasiado fuerte. Muestra a de ello son aquellos campos de arroz que recuerdan planos de estampa oriental. Y ese tono aparece ante el contemplador a través de un velo. ¿Velo de qué? De última melancolía. En la pintura de Cusat, pues, hay un elemento lírico, literario. ¿Perjudica a la esencia pictórica? Quede para los señores críticos el dilucidar la pregunta.

La inclinación a un tono suave no excluye el uso del sol como protagonista, no. Se limita a representar un sol en su balbuceo auroral o en su decadencia vespertina.

Y es cierto que hay cuadros de Cusat no definidos por el dominio de un tono suave. Es cierto, Pero no lo es menos que esos lienzos no pueden considerarse como los más representativos.

¿Hasta qué punto la obra de Cusat es un resultado de la victoria alcanzada por la inercia de su temperamento sobre la jocundidad del ambiente que le circunda? No lo sabemos. Sin embargo, nos gustaría—¡caprichos!—ver a Cusat pintando en un día inacabable la gran latitud de la tundra con sus plantas desmayadas y vergonzosas.

Entonces quizá pusiera en sus cuadros destellos de júbilo, pues Cusat, aunque actualmente obedece a su temperamento, quizá sea más fiel servidor de la paradoja.

Por algo se parece a ciertos personajes de don Pío Baroja y Nessi.

ALMELA Y VIVES

COMEDIETAS EPISTOLARES
PEQUENO DRAMA EN CUATRO CARTAS
POR
DOMINGO DE FUENMAYOR

Urbellán, 2 Mayo, 1926.

Isabel: Sé que se llama usted Isabel; me consta. Yo podría haberme hecho el desentendido empezando esta carta con el clásico «Señorita»; pero es horteril el recurso, además de clásico, e innecesario en este caso, pues que tengo el gusto de conocer su nombre de pila.

No es demasiado bonito, no, el tal nombre; pero la supongo ya confirmada, y no es cosa de echarlo todo a rodar por el apelativo. Y no crea, a punto estuve de ello; por que da la casualidad de que yo me llamo Fernando. Y nos van a llamar «los Reyes Católicos», en el pueblo, como si lo viera.

Bueno, a lo que estamos. O a lo que yo estoy y anhelo—¡ay, anhelo!—, que esté usted, mejor dicho. Allí va:

La amo a usted. ¿Por bonita? ¿Por buena? ¿Por simpática? No lo sé. La amo, y esto es todo.

Pero... ¿qué osé—fijese: osé—, escribir? Eso no es todo; aquello no es todo. La amo a usted... con todas las consecuencias; hablar a papá, pedir su mano, casarme, sufragar los gastos del mantenimiento eterno de su persona...

Definitivamente: «te amo y serás mía». Es el título de una comedia, pero en este caso es tan verdad como que ahora es de día... Bueno no es de día porque te escribo por la noche, pero podría muy bien ser de día.

No debe extrañarte que te tutee. Creo que puedo permitirme esta confianza con la mujer que ha de zurzir mis calcetines.

¿Prosáico? No, mujer. Cuando la poesía «se lleva dentro» y se lleva dentro queriendo de verdad—, la sencilla tarea de confeccionar un dobladillo de un pañuelo, puede resultar poema. Tú zurzirás mis calcetines, Isabel.

Cuando me des el «sí»—y no seas gansa haciéndome esperar—, hablaré a tu padre. No tengo pensado lo que he de decirle; pero le hablaré. Y luego le hablará el mío. Y a casarnos.

Supongo que no te sorprenderá esta carta. Después de haberte seguido durante quince días, como un «lulú» era de esperar. Por cierto que si no se te ocurre ayer cambiar de «carabina» no se yo si ahora estaría escribiendo lo que escribo.

El que tu tía Isabel—tendré que llamarla (allá va el esperadísimo chiste) Isabel II—, para diferenciarlos, te acompañe, te perjudica mucho. Es tan fea la pobre señora, que uno no puede por menos de echarse a pensar: ¿cómo parecerá tan guapa la sobrina, por el contraste que ofrece su trágica acompañante? «Pero ayer, viéndote al lado de tu tía Cristina (tiene una familia que es una dinastía)—que se conserva bastante guapa, comprendí que la propia Venus de Milo quedaría en ridículo a tu lado. Eres una atrocidad de preciosa, Isabel.

Nada más. Contesta pronto a tu... monarca.

Fernando

Madrid, 15 Septiembre, 1926.

Mujercita mía: Podría achacarlo a este maldito septiembre, tan melancólico. Pero no es septiembre quien me tiene triste, sino los kilómetros que de tí me separan.

Eres la única razón de mi vida. De cómo esto es verdad, no me he dado cuenta plenamente hasta ahora; que te tengo lejos. Sabelin mío. No estaré en Madrid sino los días precisos para arreglar lo de mi traslado. Los minutos se me hacen siglos.

Compré todos tus encargos, Belita de mi alma. Yo no entiendo mucho de trapas, pero creo que te gustarán. Vas a estar en guapa con tu gran abrigo; cuando puedas llevarlo, pues lo píd en la tienda para como tú estás y se me echaron a reír.

También compré un gran caballo para nuestro Fernando.

Por si Fernandín nos resultase Isabelita, he comprado también una muñeca. Pero ya sabes que mi gusto sería que se utilizase el caballo. ¡Que sea Fernandín. Litinita de mi corazón...!

Recibe un camión de besos, abraza a tu padre y no olvides un momento a tu... súbdito.

Fernando.

Urbellán, 30 Septiembre 1926.

Fernando: Diez días sin carta tuya y teniendo que fingir ante papá que la recibo todos los días, para no amargar al pobre viejo.

No estoy asustada, sino avergonzada, indignada... asqueada. Me has atacado más al estómago que al corazón.

He tomado mis medidas para que vuelvas en seguida... y volverás. Lo sé todo por Patro Pérez que ha pasado ahí unos días con su marido.

Lamento no ser de Nicaragua pero a pesar de ello, ya te enseñaré yo a respetar a tu mujer... y a tu hija o a tu hijo, que ojalá sea hija y tengas que montar tú en el caballo. ¡Estarías delicioso, con lo gordo que te estás poniendo!...

Debería no quererte

Isabel

Madrid, 20 Octubre 1926.

Señora: Mañana recibirá a su amante esposo. No le adjunto el talón, porque en la estación me han dicho que no facturaban idiotas. Se lo envío con billete y todo, como las personas.

Cuédelo. Y que le conste que se me presentó como soltero. A pesar de lo cual, no ha ocurrido otra cosa que un ligero «flirt». Se lo aseguro. Su marido es un provinciano y a mí los provincianos, aunque sean solteros, no me convencen ni en las comedias.

Le saluda.
Margot Alvarez
(«Niña de Nicaragua»)

P. D.—He devuelto a su esposo un caballo y una muñeca con que había intentado deslumbrarme. Reclámeselos, pues es capaz de pignorarlas por huir al extranjero.

UNA NOVELA SENSACIONAL!
MARCOS VILLARI
por Bartolomé Soler
Prólogo de Gabriel Alomar
Ilustraciones de J. Terruella

ARCAS "SOLER"
Resistentes al SOPLETE
Aldana, núm. 3
BARCELONA - Tel. 4504 A
MADRID - FIEL S. A.
Caballero de Grcia, 7 y 9
Tel. 20-69 H.

ALMORRANAS Cura radical garantida sin operación ni pomadas. DR. CARDONER enfermedades del recto y del ano. Ronda S. Pedro, 30, pral., De 9 a 10 y 3-5

CASA DEL MUEBLE
CORTES, 543
Sucursal: RAMBLA CATALUÑA, 13
LA MAXIMA ECONOMIA Y SOLIDEZ LA REUNEN LOS PISOS COMPLETOS, COMPUESTOS DE COMEDOR Y DORMITORIO: SALON Y RECIBIDOR, DESDE 1.500 PESETAS.

EL DIA GRAFICO publica informaciones gráficas de todo el mundo

BAÑERAS - LAVABOS CALENTADORES WATERS - BIDETS CUARTOS DE BAÑO
JAIME SAURET
7 - PELAYO - 7